

SERMON IGLESIA LUTERANA CRISTO

DOMINGO 28 DE DICIEMBRE 2014

"He aquí, una virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: "Dios con nosotros". Mateo 1:23

Esa palabra, "traducido," es un dulce saludo a nosotros. ¿Por qué es necesario que la palabra hebrea "Emanuel," sea traducida? ¿Acaso no fue para mostrar que se refiere también a nosotros los gentiles, y por tanto, debe ser traducida necesariamente a uno de los idiomas principales del mundo de aquel entonces, es decir, el griego? Esta palabra "traducido" usada en el nacimiento de Cristo, y los tres idiomas empleados en el título que pusieron sobre la cruz en su muerte, muestran que Él no es únicamente el Salvador de los judíos, sino que también lo es del mundo entero.

Nuestro texto habla de un *nombre* de nuestro Señor Jesús. Se dice, "Y llamarás su nombre Emanuel." Los nombres que aparecen en la Escritura, como una regla general, contienen una enseñanza, y este es el caso especial de cada nombre atribuido al Señor Jesús. En relación a Él, los nombres indican cosas. "Y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz," porque realmente Él es todas esas cosas. Su nombre es llamado Jesús, pero no sin un motivo. Con cualquier otro nombre, Jesús no sería tan dulce, pues ningún otro nombre podría describir adecuadamente Su grandiosa obra de salvar de sus pecados a Su pueblo.

I. ADMIREMOS ESTA VERDAD. "Dios con nosotros." Quedémonos a una distancia reverente de ella, como Moisés se quedó retirado cuando vio a Dios en la zarza. Este es un hecho maravilloso, Dios el Infinito una vez moró en el frágil cuerpo de un niño, y acampó en la forma sufriente de un hombre humilde. "Dios estaba en Cristo." "Se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres." Observemos que Dios, que hizo todas las cosas, asumiera la naturaleza de una de Sus propias criaturas. Que Quien existe por Sí mismo se uniera al ser dependiente y subordinado, y que el Todopoderoso se vinculara al débil y al mortal. Recordemos que en la persona de Cristo la humanidad no era meramente espíritu, sino también carne y sangre que sufría, que padeció hambre, y que murió. Él tomó para Sí toda esa condición material que conforma un cuerpo, y un cuerpo, después de todo, no es sino el polvo de la tierra, una estructura formada con los materiales que nos rodean. ¿Acaso no es algo extraño que la parte más ordinaria de la creación, la parte más insignificante, este polvo de la creación, sea, a pesar de ello, tomado en unión con ese Ser puro,

maravilloso, incomprensible y divino, del que sabemos tan poco, y del que no comprendemos nada? Reflexionemos en ello con temor reverente. Estoy convencido que nadie tiene la menor idea de cuán maravillosa condescendencia fue que Dios habitara de esta manera en carne humana, y que fuera "Dios con nosotros." El Señor se encarnó en un cuerpo, que era verdaderamente un cuerpo humano, pero sin embargo, de alguna forma maravillosa, estaba preparado para soportar que la Deidad morara en él. El contacto con Dios es "terrible"; "El mira a la tierra, y ella tiembla; toca los montes, y humean." Esta verdad estaba grabada tan sólidamente en las mentes de los primeros santos, que decían de Él: "No me verá hombre y vivirá." Y sin embargo, aquí había una humanidad que no solamente vio el rostro de Dios, sino que fue habitada por la Deidad. ¡Qué estructura humana era esta en la que podía habitar la presencia de Jehová! " Era un cuerpo como el nuestro, con nervios igualmente sensibles y músculos listos para ser ejercitados, con cada estructura formada tan delicadamente como las nuestras, y sin embargo Dios estaba en ese cuerpo. Baste decir que el poder divino fue visto maravillosamente en la existencia continuada de la condición material del cuerpo de Cristo, que de otra manera se habría consumido por el contacto prodigioso con la divinidad. Admiramos el poder que habitó en "Dios con nosotros."

Les ruego que mantengamos una mirada de admiración, y contemplemos a Dios con nosotros una vez más, *como una garantía de nuestra liberación*. Somos una raza caída, estamos vendidos bajo el pecado (Romanos 7:14 y 15), en servidumbre y esclavitud bajo Satanás; pero si Dios viene a nuestra raza, y desposa su naturaleza, entonces debemos ser levantados de nuestra caída, no puede ser posible que las puertas del infierno encierren a quienes tienen a Dios con ellos. Si hubiera sido un ángel el que hubiese intervenido, podríamos tener algunos temores; si hubiera sido un simple hombre, podríamos ir más allá del miedo y quedar sumidos en la desesperación; pero si es "Dios con nosotros," y Dios en verdad ha tomado a la condición humana para unirla a Él mismo, entonces debemos regocijarnos; debe haber salvación para el ser humano y gloria para Dios.

II. Y, ahora, en segundo lugar, acerquémonos y consideremos el tema con más detalle. ¿Qué significa esto, "Dios con nosotros"? La Biblia nos dice de principio a fin que el hombre está sin Dios, y que Dios se ha apartado del hombre por culpa del pecado. Nos habla de la vida espiritual del hombre, cuando Cristo viene a él, y se forma en él la esperanza de gloria. Dios tiene comunión con el hombre, y el hombre vuelve a Dios, y recibe otra vez la imagen divina como al principio.

Esta gloriosa palabra Emanuel significa, primero, que Dios en Cristo está *con nosotros en una asociación muy cercana*. Esta preposición es un vínculo firme, que implica, si no es que declara, una comunión íntima. Dios está íntimamente y peculiarmente "con nosotros." No pensemos que Él es un hombre deificado, como tampoco deben considerarlo un Dios humanizado, o un semidiós. No confundamos

las naturalezas ni dividan a la persona: Él es una sola persona, y sin embargo es hombre verdadero como también es Dios verdadero. Cuán encantador es el hecho que nuestro Señor es "Dios con nosotros," no aquí o allá, y de vez en cuando, sino eternamente. Esto se destaca de manera especial y dulce, cuando es "Dios con nosotros" *en nuestras aflicciones*. No hay dolor que rasgue el corazón, y me atrevería a agregar que ninguno que afecte el cuerpo, en los que Jesús no haya estado con nosotros en todo ello. ¿Sentimos las aflicciones de la pobreza? Él "no tuvo dónde recostar la cabeza." ¿Estamos abrumado por las aflicciones del luto? Jesús "lloró" junto a la tumba de Lázaro. ¿Hemos sido calumniado por causa de la justicia, y la calumnia ha afligido nuestro espíritu? Él dijo: "El escarnio ha quebrantado mi corazón." ¿Hemos sido traicionados? No olvidemos que también Él tuvo su amigo íntimo que lo vendió por el precio de un esclavo. En los fuegos y en los ríos, en la noche fría y bajo el sol ardiente, Él clama: "Estoy contigo. No desmayes, pues Yo soy tanto tu compañero como tu Dios." Él sintió los dolores y congojas de la muerte, y soportó el sudor sangriento de la agonía y la sed agobiante de la fiebre. Él conoció la separación entre el espíritu torturado y la carne lánguida, y clamó, como lo haremos nosotros: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu." Él conoció la tumba, pues allí durmió, y dejó el sepulcro perfumado y acondicionado para que se convirtiera en un lecho de descanso, y no un recinto de corrupción. Esa nueva tumba en el huerto lo hace Dios con nosotros hasta que la resurrección nos llame para que nos levantemos de nuestras camas de barro, para encontrarlo Dios con nosotros en novedad de vida. Tanto Su vida humana como Su vida divina permanecerán para siempre, y lo mismo durará nuestra vida. Él habitará entre nosotros y nos conducirá a fuentes vivas de aguas, y así estaremos para siempre con el Señor.

Pero, en segundo lugar, *Dios en Cristo es con nosotros en la reconciliación más plena*. Esto, por supuesto, es verdad, si lo anterior es verdad. Hubo un tiempo en el que estábamos apartados de Dios; estábamos sin Dios, estando enemistados con Él por nuestras obras impías, y Dios también estaba distante de nosotros en razón de la rectitud natural de carácter que arroja a la iniquidad lejos de Él. Un Dios que mira con complacencia a los hombres culpables, no es el Dios de la Biblia, pues en multitud de lugares es manifestado como ardiendo de indignación contra los impíos. Pero ahora, el pecado que nos separaba de Dios ha sido quitado por el bendito sacrificio de Cristo en la cruz, y la justicia, por la Gracia de Cristo, llega a ser Justicia Eterna. Así que ahora "Dios con nosotros" es que *Dios en Cristo es con nosotros en bendita comunión*. Es decir, ahora Él se ha acercado tanto a nosotros como para entrar en comunión con nosotros, tenemos la Palabra y los Sacramentos. Ahora Él nos habla y habla en nosotros. Él nos ha hablado en estos últimos días por Su Hijo y por la Palabra que nos trae apacibles y delicadas palabras de advertencia, de consolación, instrucción, y de dirección. ¿Qué son

nuestras oraciones, alabanzas y el estudio de la Palabra sino la forma de comunicación que se les permite tener con el Altísimo? Nuestros cultos de adoración, a pesar de la distancia geográfica que hay entre nosotros ¿qué significado tienen sino que "Dios es con nosotros"? ¿Acaso no es este un gozo mejor de lo que todas las riquezas de la tierra pudiesen darnos? En cuanto a nuestros "enemigos internos", Dios está con nosotros para dominar nuestras corrupciones y debilidades; y en cuanto a los adversarios externos de la verdad, Dios está con Su iglesia, y Cristo ha prometido que estará siempre con ella "hasta el fin del mundo (Mateo 28, la Gran Comisión)." No solamente contamos con la Palabra, los Sacramentos y las promesas de Dios, sino que hemos visto Sus actos de gracia a favor nuestro, tanto en Su providencia como en la obra de Su Santo Espíritu. ¿Cómo podemos estar intimidados cuando el Señor de los ejércitos está de nuestro lado? Ahora Cristo es "Dios con nosotros" ciertamente, porque Dios habita en nosotros. " No olvidemos que nuestro cuerpo es "templo del Espíritu Santo?" "Como Dios dijo: habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo." "Dios con nosotros."

Recordemos que Dios es con nosotros *en la más profunda identificación*. Hermanos, ¿nos encontramos en aflicción? Dios, en Cristo, es compasivo con nuestro dolor. Hermanos, ¿tenemos un objetivo grandioso? Yo sé cuál es: es la gloria de Dios; en eso se identifican con Dios, y Dios con ustedes. Permítanme preguntarles: ¿cuál es su más grande gozo? ¿No han aprendido a regocijarse en el Señor? ¿No se gozan en Dios por Jesucristo? Entonces Dios se goza también en nosotros, de tal manera que Dios es con nosotros en un sentido muy maravilloso, en tanto que por medio de Jesucristo, nuestras metas y deseos son semejantes a los de Dios.

"Dios con nosotros." Entonces, si Jesucristo es "Dios con nosotros," vayamos a Dios sin preguntar ni dudar nada. Quienquiera que seamos, no necesitamos ningún sacerdote ni intercesor para que nos presentemos a Dios, pues Dios mismo se ha presentado a nosotros. ¿Somos niños? Entonces vengamos a Dios en el niño Jesús, que durmió en el pesebre de Belén. Los ancianos, no necesitan quedarse atrás, sino que como Simeón, vengan y tómenlo en sus brazos, y digan: "Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación."

Dios envía un embajador que no inspira ningún miedo: el heraldo del cielo se aproxima a nosotros sin yelmo ni cota de malla, ni llevando lanza, sino que una bandera blanca es sostenida por la mano de un niño, en la mano del elegido del pueblo, en la mano de uno que murió, en la mano de uno que aunque está sentado en la gloria muestra aún la señal de los clavos.

Amados hermanos, Dios viene a nosotros como uno semejante a nosotros. No tengamos miedo de acercarnos al manso Jesús. No imaginemos que

necesitamos estar preparados para una audiencia con Él, o la intervención de un sacerdote o de un ministro. Cualquiera pudo haberse acercado al bebé en Belén. El buey de cuernos largos, creo que comió del heno sobre el que dormía Él, y no temió. Jesús es el amigo de cada uno de nosotros, independientemente de cuán pecadores e indignos seamos. Ustedes los pobres, no deben temer venir, pues, vean, Él ha nacido en un establo, y tiene por cuna un pesebre. No pueden encontrar peor habitación que esa, y ustedes no son más pobres que Él. Vengan y den la bienvenida al Príncipe de los pobres, al Salvador de los campesinos. No nos quedemos atrás, por miedo a no ser dignos; los pastores vinieron a Él con todos sus defectos. No leo que se hayan demorado para vestirse sus mejores galas, sino que con la ropas que se cubrían esa medianoche, se apresuraron, tal como estaban, para ir a la presencia del bebé. Dios no mira los vestidos, sino los corazones, y acepta a los hombres cuando vienen a Él con espíritus dispuestos, independientemente de que sean ricos o pobres. Vayamos, entonces; vayamos y seamos bienvenidos, pues Dios ciertamente es "Dios con nosotros."